

Autor: Esteban Campos

Pertenencia institucional: Universidad de Buenos Aires - CONICET - Departamento de Historia/FFyL - Programa de Historia Oral/Instituto de Antropología.

Dirección de correo electrónico: ejcampos@arnet.com.ar

¿Clase o pueblo?

La tendencia revolucionaria del peronismo y las fronteras retóricas del sujeto político en *Cristianismo y Revolución* (1968 – 1970).

“El pueblo, que es el sujeto de la democracia, y por lo tanto el sujeto matricial de la política, no es el conjunto de los miembros de la comunidad o la clase obrera o la población. Es la parte suplementaria en relación a cualquiera de las partes contables de la población que hace posible identificar la cuenta de los incontados con la totalidad de la comunidad”

Jacques Ranciere. 11 tesis sobre la política.

La tendencia revolucionaria del peronismo nace como organización a mediados de 1968, pero hunde sus raíces en experiencias previas de lucha antiburocrática dentro del movimiento, cristalizadas en organizaciones como la Juventud Revolucionaria Peronista de Gustavo Rearte, o la Acción Revolucionaria Peronista dirigida por John William Cooke. La trayectoria de estos referentes se remontaba a los primeros años de la Resistencia, con un linaje que sería reivindicado más tarde por sectores cuya radicalización pasaba por su inserción en la emergente izquierda del movimiento. Bajo el paraguas de la identidad peronista, cristianos provenientes del integralismo, de la Juventud Obrera Católica y curas tercermundistas se mezclaban con dirigentes de la recién nacida CGT de los Argentinos, como Julio Guillán de telefónicos o el gráfico Raimundo Ongaro. Juan García Elorrio y Casiana Ahumada –ya ampliamente conocidos por la acción de la Catedral en mayo de 1967, y como principales responsables de *C & R*- presentaron a los Comandos Peronistas de Liberación. La nueva denominación reemplazaba al Comando Camilo Torres, cuyo anclaje simbólico en la figura del sacerdote marxista y guerrillero nacido en Bogotá había servido de vehículo para el giro a la izquierda que habían comenzado a transitar varios cristianos desde la realización en 1962 del Concilio Vaticano II; sin embargo, no parecía el nombre más adecuado para jugar en la “primera” de un movimiento nacionalista en el que todos se reclamaban ortodoxos. El peronismo pasaba lentamente de la dispersión a la polarización: se hacía cada vez más nítida la línea que separaba a los tradicionales sectores “duros” de la rama sindical –renovados con el aporte juvenil de estudiantes, artistas y trabajadores- de aquellos que negociaban o colaboraban directamente con la dictadura, componiendo variaciones del “peronismo sin Perón”. El “gigante invertebrado” de Cooke se había convertido en un monstruo de varias cabezas enfrentadas entre sí, que había mordido la mano del mayor Bernardo Albarte. El delegado de Perón fue forzado a renunciar en marzo de 1968, a causa de la desautorización pública y

privada del líder exiliado, siendo reemplazado por Jorge Daniel Paladino. La posibilidad de un proceso electoral se minimizaba en el análisis estratégico, el retorno de Perón era parte de un horizonte lejano, y la política represiva de la dictadura comenzaba a enfrentar resistencias cada vez más articuladas. El golpe militar en junio de 1966 prohibió los partidos políticos, mientras la oleada represiva se ensañaba con las universidades y alcanzaba su *climax* en marzo de 1967, cuando se intervinieron varios sindicatos tras el fracaso del plan de lucha lanzado por la CGT. Un año después, las ruinas circulares del campo popular se agitaron una vez más, con el ascenso de las luchas obreras y estudiantiles. El deterioro de la frágil *pax romana* impuesta por la dictadura obligó a desplazamientos y reacomodos en el peronismo, en un nuevo escenario que modificaría sustancialmente su composición social, sus prácticas políticas y su ideología en los años venideros¹. El problema que se aborda en este capítulo puede resumirse en dos preguntas:

1) *¿Cómo se configura el pueblo en el discurso del peronismo revolucionario?* Aquí tomamos documentos de organizaciones y artículos publicados por *C & R* en relación a dos representantes de esta tendencia: Gustavo Rearte y Bernardo Alberte, con referencias laterales a otros referentes como Cooke y Ongaro. El objetivo es analizar que significa el pueblo para estas figuras, y en especial que relaciones de equivalencia se generan entre cada noción como parte de un campo de representaciones políticas en común.

¹ Para Eduardo Gurucharri, el fin de la tendencia revolucionaria del peronismo (TRP, en adelante) era “...crear una especie de partido de la izquierda peronista, aunque esas palabras no se usaran. Una plataforma donde hubiera lugar para representantes de las incipientes formaciones guerrilleras que estaban organizándose, aunque todavía no actuaran públicamente, para los sindicalistas de la CGTA y para las diversas agrupaciones políticas y del ámbito de la juventud y del estudiantado, apoyada en una red de organizaciones de base barriales y comandos fabriles”, v. *Un militar entre obreros y guerrilleros*, Colihue, 2001, pp. 246-249. Allí se vincularon militantes de procedencias muy diversas: a los dirigentes ya mencionados se sumaban curas tercermundistas como Arturo Ferré Gadea, Gerardo Ferrari y Elvio Alberione, sindicalistas combativos como Jorge di Pasquale, miembros de las proto-FAL como Jorge Pérez -que en ese momento militaba en la JRP- o el negro José Sabino Navarro, un obrero de la JOC que se convertiría dos años después en dirigente montonero. Al mismo tiempo, la TRP tenía su propio medio de prensa, *Con Todo*, cuyo director era Bernardo Alberte. A pesar de que formalmente los Comandos Peronistas de Liberación estaban organizados en células, el carácter “artesanal” de esta etapa se advierte por la fluidez de los contactos horizontales entre las diferentes agrupaciones del peronismo revolucionario: que las redes encargadas de animar a *C & R* no eran compartimentos estancos se puede ver por la misma composición del *staff* editorial de *Con Todo*: al mayor Alberte, Gustavo Rearte o Alicia Eguren se sumaban Jorge Gil Solá (como representante de ARP, aunque también era editor de *C & R*), García Elorrio, Casiana Ahumada y Miguel Mascialino, este último responsable del Centro de Estudios Theillard de Chardin –a esa altura Centro de Estudios Camilo Torres-, y responsable de una columna de teología en *C & R*. Cooke estaba muy enfermo, aunque según Gurucharri, asiste clandestino a una reunión de *Con Todo* antes de que el cáncer acabe con su vida el 19 de septiembre de 1968. La “monstruosidad” del peronismo aparece en la correspondencia Perón-Alberte: en carta a Perón, el Mayor escribe “...conseguiremos, como Ud. dice, ‘recauchutar’ este monstruo que es el Peronismo y que junto con otras fuerzas pueda transformarse en el gran instrumento de nuestra liberación”, v. E. Gurucharri, pág. 177. Otra definición negativa que emplea Alberte en su correspondencia con Perón es la de “jauría de lobos”, para referirse a la Junta Coordinadora Nacional: “Aquí el panorama se presenta como el de una ‘jauría de lobos’ que se quieren comer a cuanto se le ponga a tiro. Hasta ahora yo soy el único domador, porque tengo en mis manos un látigo que duele mucho y que no es otra cosa que su orden y la designación con que Ud. me ha ungido”, pág. 136. Del otro lado, el grado de compromiso con la dictadura iba de mayor a menor con los “neoperonistas” de la rama política como Matera, Bittel y Sapag, el sindicalismo participacionista de Coria (UOCRA) y Taccone (Luz y Fuerza), o laboristas como Vador (UOM) y Alonso (Vestido). Las fronteras, sin embargo, eran tan flexibles y móviles como el liderazgo “pendular” de Perón, que se volcaba cíclicamente sobre uno u otro sector para equilibrarlos de modo de poder reservarse siempre la última palabra.

2) *¿Cómo pensar históricamente el discurso de una formación hegemónica a partir de la articulación de diferentes identidades políticas, puestas en tensión por un significante vacío que atraviesa sus contenidos específicos?* En este nivel nos detenemos en palabras clave que surcan el discurso del peronismo revolucionario como “pueblo”, “clase trabajadora”, “violencia” o “cristianismo”, para analizar su carácter flotante (en la medida que son disputados por otras formaciones discursivas).

Cómo hipótesis de trabajo, consideramos que el discurso del peronismo revolucionario entre 1967 y 1969 configura al pueblo a partir de una cadena de equivalencias, en la cual las peculiares condiciones de dicotomización del espacio social permiten segregar la identidad de los actores y sus proyectos, limitando aquella tendencia a la institucionalización que constituye una de las caras del fenómeno populista. La coyuntura de enfrentamiento contra la dictadura de Juan Carlos Onganía, la ruptura del parlamentarismo, la reducción de los canales gremiales de negociación y el debilitamiento momentáneo del liderazgo de Perón en el exilio, son factores que hicieron posible una virtual articulación política no institucional. La construcción del peronismo revolucionario como identidad política será un elemento clave, a la hora de entender la nueva formación hegemónica que se articula en torno al regreso de Perón entre 1970 y 1973. A esta altura de la argumentación, es necesario realizar una “parada técnica” de índole teórico-metodológica para aclarar varios puntos: el objetivo aquí es trabajar algunas categorías de la teoría política contemporánea, en particular la red conceptual provista por Ernesto Laclau para pensar la emergencia del pueblo como problema desde *Política e ideología en la teoría marxista*, hasta su desarrollo específico en *La razón populista*. Categorías como “populismo”, “frontera”, “articulación” o “punto nodal”, entre otras, servirán para comprender cómo se configura el discurso del peronismo revolucionario en *C & R*².

² El criterio de selección documental se define en función de los problemas particulares que se deducen de la hipótesis de trabajo. Comenzamos con el número 6-7 de *C & R*, que sucede al ejemplar donde aparecía el artículo de Régis Debray analizado en la primer parte de la tesis. Este capítulo sobre estrategia política se mantiene en el trazo del eje (b) de sujeto y vanguardia. De aquella edición doble publicada hacia abril de 1968, tomamos el informe especial sobre peronismo revolucionario, analizando un comunicado de la ARP y otro del MRP. En la segunda parte saltamos al número 12 correspondiente a marzo de 1969, con una entrevista realizada al mayor Bernardo Albarte en la sección “Definiciones”, inaugurada tres años antes por J.W. Cooke.

¿Quiénes son los amigos del pueblo? Retórica e identidad popular en la teoría política contemporánea.

*“El primer monumento de las literaturas occidentales, la *Iliada*, fue compuesto hará tres mil años; es verosímil conjeturar que en ese enorme plazo todas las afinidades íntimas, necesarias (ensueño-vida, sueño-muerte, ríos y vidas que transcurren, etcétera), fueron advertidas y escritas alguna vez. Ello no significa, naturalmente, que se haya agotado el número de metáforas; los modos de indicar o insinuar estas secretas simpatías de los conceptos resultan, de hecho, ilimitados. Su virtud o flaqueza está en las palabras, el curioso verso en que Dante (*Purgatorio*, I, 13), para definir el cielo oriental invoca una piedra oriental, una piedra límpida en cuyo nombre está, por venturoso azar, el Oriente: “Dolce color d’oriental zafiro” (...) Algún día se escribirá la historia de la metáfora y sabremos la verdad y el error que estas conjeturas encierran”*

Jorge Luis Borges, “La metáfora”, en *Historia de la eternidad* (1952)

En sus *Notas sobre Maquiavelo*, Antonio Gramsci se refiere explícitamente a la necesidad revolucionaria de construir una “voluntad colectiva nacional-popular”. A pesar de todo, con frecuencia el marxismo abusó del concepto de clase para explicar la elusiva indeterminación del comportamiento político, ahogando en ocasiones la reflexión sobre la experiencia de las identidades populares. Categorías arrancadas de investigaciones empíricas de Marx como “bonapartismo”, o términos más pedestres como “populismo”, sirven para caracterizar fenómenos tan disímiles en sustancia como dispersos en sus historias particulares, alcanzando a regímenes políticos, movimientos sociales e ideologías³. Uno de los esfuerzos más sutiles para conciliar el materialismo histórico con una reflexión política arraigada en la tradición nacional-popular, es *Política e ideología en la teoría marxista* (1977). Allí un joven Ernesto Laclau escribía:

“El pueblo es una determinación objetiva del sistema, que es diferente de la determinación de clase: el pueblo es uno de los polos de la contradicción dominante en una formación social, esto es, una contradicción cuya inteligibilidad depende del conjunto de las relaciones políticas e ideológicas de dominación y no sólo de las relaciones de producción. Si la contradicción de clase es la contradicción

³ Antonio Gramsci, *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*. Nueva Visión, 2002, pp. 13-14. En este trabajo el concepto de pueblo coexiste con el de clase, aunque esta es el fundamento de aquel. En las *Notas*, voluntad significa “conciencia activa de la necesidad histórica...protagonista de un drama efectivo y real” (pág. 13). Es decir, no se trata de la conciencia de clase definida *a priori* y exteriormente por el Partido, sino una articulación política de las propias clases subalternas. Es *colectiva* o *popular* y no “obrera”, porque Gramsci es consciente de que en la Italia de los años 30’ el Príncipe moderno debe actuar “sobre un pueblo disperso y pulverizado para suscitar y organizar su voluntad colectiva” (pág. 10).

dominante al nivel abstracto del modo de producción, la contradicción pueblo-bloque de poder es la contradicción dominante al nivel de la formación social”⁴.

Aquí el esfuerzo teórico radica en fijar un sistema de mediaciones dialécticas, con el fin de coser la herida teórica que dividía la identidad del tejido social en estructura y superestructura, entre el nivel del modo de producción que articula las relaciones de clase, y las formas de conciencia (artísticas, filosóficas, religiosas, en suma, ideológicas) con que los sujetos perciben la realidad en la escala de la formación social. Lo nuevo de esta postura fue la introducción de la experiencia popular como un dato objetivo del antagonismo de clases, que encuentra en la política sus propias leyes. Así se corregía el clásico tópico de las teorías populistas, donde el eje de análisis era la manipulación de las masas por parte de un líder carismático. Discutiendo con el concepto de “interpelación ideológica” de Althusser (donde los sujetos son constituidos ideológicamente por los aparatos ideológicos del Estado), Laclau rescata la impugnación popular-democrática como un producto original de las clases dominadas. Incluyendo al pueblo como uno de los polos del antagonismo social, aquella identidad ya no podría ser relegada sin más al purgatorio de la falsa conciencia -como una pura distorsión de la realidad que se impone “desde arriba”, encubriendo bajo un velo de universalidad aparente los intereses particulares de la clase dominante-⁵. En *La razón populista*, Laclau retoma treinta años después el mismo problema, pero sosteniendo premisas muy diferentes:

“...a esta altura debería estar claro que por “populismo” no entendemos un tipo de movimiento – identificable con una base social especial o con una determinada orientación ideológica-, sino con una lógica política. Todos los intentos por encontrar lo que es específico en el populismo en hechos como la pertenencia al campesinado o a los pequeños propietarios, o la resistencia a la modernización económica, o la manipulación por elites marginadas, son, como hemos visto, esencialmente erróneos: siempre van a ser superados por una avalancha de excepciones (...) Mientras que las lógicas sociales se fundan en el seguimiento de reglas, las lógicas políticas están relacionadas con la institución de lo social. Sin embargo, tal institución, como ya sabemos, no constituye un fiat arbitrario, sino que surge de las demandas sociales y es, en tal sentido, inherente a cualquier proceso de cambio social. Este cambio tiene lugar mediante una articulación variable de la equivalencia y la diferencia, y el momento equivalencial presupone la constitución de un sujeto político global que reúne una pluralidad de demandas sociales. Esto, a su vez, implica, como hemos visto, la construcción de fronteras internas y la identificación de un “otro”

⁴ Ernesto Laclau, *Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo, populismo*. Siglo XXI, 1978, pág. 122. La idea de clasificar la obra de Laclau en la década del 60 como parte de un período juvenil marcado por su intervención política en el Partido Socialista de la Izquierda Nacional (PSIN), es de Martín Bergel, Mariana Canavese y Cecilia Tossounian, “Práctica política e inserción académica en la historiografía del joven Laclau”, en *Políticas de la memoria* nro. 5 (2004-2005). Si bien los autores se detienen en 1970, queda claro que la obra que funciona a modo de bisagra con los temas actuales y marca un quiebre con las premisas del enfoque anterior es *Hegemonía y estrategia socialista* (1985). Es allí donde podemos señalar la “madurez” de su obra (no en un sentido valorativo, sino histórico); se define la transición de la historia a la filosofía política, y se incorpora al tratamiento de las categorías gramscianas el aporte de la crítica post-estructuralista y la teoría psicoanalítica, entre otras vertientes teóricas.

⁵ Para el debate sobre la categoría de falsa conciencia, v. Raymond Williams, *Marxismo y literatura*, Ed. Península, 1997, pp. 71-89.

institucionalizado. Siempre que tenemos esta combinación de momentos estructurales, cualesquiera que sean los contenidos ideológicos o sociales del movimiento político en cuestión, tenemos populismo de una clase u otra ⁶.

La noción de pueblo es en este caso mucho más fluida: si en los 70 se afirmaba a aquel como una determinación objetiva, desde *Hegemonía y estrategia socialista* el concepto de hegemonía como “articulación” de identidades diferentes, presupone al antagonismo como aquel vínculo político que limita toda objetividad. Dicho en otras palabras, la división en dos polos impide el cierre de la comunidad como un todo estable, ya que su existencia misma se identifica con una fisura en “lo social” que le impide fijarse como *sociedad* –una totalidad necesaria definida al margen de la concatenación de sus partes-. La hegemonía y el pueblo son entonces un proceso de totalización que presupone la exclusión de un “Otro” imposible de ser reducido a una diferencia “negociable”, capaz de ser absorbida individualmente por el sistema; un enemigo equidistante que define la propia identidad (para *C & R*, la dictadura proimperialista de Onganía y su falso cristianismo). Al mismo tiempo, la hegemonía nace de la cadena de equivalencias o puntos en común generados entre “demandas” insatisfechas, que en este trabajo vamos a denominar luchas

⁶ Ernesto Laclau, *La razón populista*. FCE, 2005, pp. 151-151 (LRP, en adelante). El debate historiográfico sobre populismo es vasto. Para un resumen de las diferentes perspectivas, v. Moira Mackinnon y Mario Alberto Petrone “Los complejos de la Cenicienta”, en *Populismo y neopopulismo en América Latina. El problema de la Cenicienta*, EUDEBA, 1999, pp. 11 a 55. Esta compilación se concentra en los populismos latinoamericanos, clasificando cuatro interpretaciones en los abordajes del “populismo clásico” (peronismo, varguismo, cardenismo, etc.): 1) una línea de investigación funcionalista, que piensa al populismo en clave de “modernización periférica” (Gino Germani, Torcuato Di Tella), 2) una línea “histórico-estructural”, que entiende al populismo como una fase de desarrollo capitalista latinoamericano, ligada a la crisis del modelo primario exportador y del Estado oligárquico (Cardoso y Faletto, Octavio Ianni, Carlos Vilas, Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero) 3) una línea “coyunturalista” que partiendo de los aportes de (1) y (2), reflexionan sobre la autonomía o heteronomía de los trabajadores en el interior de los movimientos populistas, a menudo leyendo la formación de este bloque como resultado de una alianza de clases (Daniel James, Louise Doyón). 4) Por último, la línea que se diferencia por destacar la especificidad del populismo en su “discurso ideológico” (Ernesto Laclau, Emilio de Ipola, Peter Worsley). Como hemos visto, lo que hace diferente al populismo no es una ideología determinada: como *lógica política*, en la actualidad el populismo de Chávez puede combinar contenidos socialistas y nacionalistas, mientras que la derecha populista en Argentina articula contenidos liberales, racistas, vecinalistas, federalistas, en pro de los “pequeños y medianos productores”, etc.

(la lucha de los cristianos, de la guerrilla, de los trabajadores, etc.)⁷. En síntesis, la construcción del pueblo como sujeto político requiere de ciertas condiciones:

- a) La formación de una frontera antagónica, que separa al pueblo del poder (en términos gramscianos, una situación de “crisis orgánica” o de autoridad, como la que surge entre 1969 y 1976).
- b) La articulación horizontal de luchas que hace posible el surgimiento de un campo popular (en nuestro caso, de 1967 a 1970 la lucha contra la dictadura va a lograr una embrionaria conexión entre el cristianismo liberacionista, el peronismo revolucionario y la clase obrera).
- c) La unificación de las demandas en un sistema más estable de significación (el momento de mayor condensación de las luchas sociales, con el surgimiento de las organizaciones armadas como extremo de la cadena equivalencial, y el retorno de Perón como aglutinante entre 1970 y 1973).

Lo que llama la atención en esta “parábola” que describe el pensamiento de Laclau (el retorno del pueblo como problema teórico y político), es que en *La razón populista* desaparece el problema de la dominación. Ya *Hegemonía y estrategia socialista* se había encargado de destronar la noción misma de clase como límite de la construcción conceptual, y esto se relaciona con uno de sus aportes más originales a la teoría política: la idea de contingencia radical. No hay Filosofía de la Historia o dimensión social que pueda determinar *a priori* cuales van a ser los contenidos capaces de articular una formación hegemónica, ya que surgen de la articulación misma. El precio a pagar por este avance, es quizás demasiado elevado:

⁷ Laclau parte de la demanda como unidad de análisis, dados los límites que presenta la sociología histórica a la hora de definir al grupo como eje de la teoría del populismo. Así logra situar en el centro del análisis al discurso, ya que las demandas presuponen un reclamante y un receptor. Pueden ser diferenciales y democráticas (separadas de las demás en principio, consideradas individualmente) o equivalenciales y populares (cuando se acumulan diferentes demandas insatisfechas, se teje una red que suprime parcialmente las diferencias entre demandas, articulando una identidad popular). Sin embargo, la demanda carece de sujeto, y lo relacional subrayado en el concepto no se percibe como la fricción de fuerzas sociales. Después de la “muerte del sujeto” en la cosmovisión post-estructuralista, el de *La razón populista* no es exactamente el pueblo (que es un objeto imposible pero necesario para fundar el lazo social), sino la misma articulación: exterior pero nunca igual a la suma de las demandas individuales. Las preguntas que tenemos en relación a la demanda como unidad de análisis son: ¿en una teoría que pone énfasis en la negatividad como constitutiva de lo social, la demanda no tiene en sí misma una carga “positiva” (sistémica)? Es cierto que la demanda permite abarcar los casos de construcción de identidades populares que no surgen de la lucha, donde se intenta reducir el antagonismo a una diferencia intrasistémica, pero ¿qué pasa cuando la “acumulación de demandas insatisfechas” inhibe o golpea a una de las condiciones que presupone la demanda, o sea un sujeto receptor? Si bien esta posibilidad está cubierta teóricamente –como afirma Laclau, “las demandas son formuladas al sistema por alguien que ha sido excluido del mismo”–, el privilegio dado a la lucha por la democracia radical en *Hegemonía y estrategia socialista* es el horizonte político y teórico donde se miden las sagas populistas. Aquí aparece la clave del enfoque de Laclau, criticada por Slavoj Žižek: un modelo teórico “homeostático” donde la hegemonía parece infinita en la renegociación permanente de las luchas parciales, que proyectan la ilusión necesaria de un horizonte universal. Para Žižek, este marco dependería de la democracia (capitalista) como terreno de emergencia del pueblo y de las luchas hegemónicas. En la Argentina de finales de los 60, pensar en demandas democráticas es un problema, porque si bien existe un Poder que excluye y las luchas se conforman desde su particularismo, el paréntesis de la dictadura complica el otro término de la relación de demanda, que implica la recepción del reclamo (y no parece casual que la recepción como categoría del análisis discursivo no sea tratada sistemáticamente por Laclau, como subraya Emilio De Ipola). V. Javier Balsa “La parábola populista. Reflexiones a partir de *La razón populista* de Ernesto Laclau”, en *Interpretaciones. Revista de historiografía argentina*, nro. 2 (2007), pág. 12. Una respuesta posible es la que desarrollamos en este trabajo: la virtual articulación política no institucional, una de las posibilidades que aparece en los ejemplos de *La razón populista*.

cruzar el umbral de las clases fundamentales que nunca sorteó la reflexión gramsciana, porque más allá aparecía la *terra incognita* del fascismo y la paradójica “abolición de las clases” del totalitarismo, que más tarde pensaría Hannah Arendt. Ese paso adelante (o salto al vacío, según el punto de vista) lo dará el posmarxismo en los años ochenta, al “quemar las naves” del viejo mundo de las clases sociales, para conquistar el nuevo mundo de las identidades políticas fundadas sobre vínculos contingentes de etnia, género, clase, etc. En este trabajo trataremos de tomar posición en el borde de ambas perspectivas, transitando el incómodo desfiladero que va del bloque histórico en Gramsci a la articulación de Laclau⁸. En lo que sigue vamos a desarrollar uno de los casos de *La razón populista*, el del retorno de Perón, empleando como principal herramienta metodológica algunas figuras de la retórica clásica como la metáfora y la metonimia (pensando en la lógica productiva del significante), y de manera secundaria la técnica de la historia oral con entrevistas a militantes (atendiendo a la dimensión de la recepción y del significado). ¿Qué tienen que ver los *tropos* o traslaciones retóricas con la Tendencia Revolucionaria del Peronismo? Lejos de ser una subdisciplina regional asociada a la ornamentación de la antigua oratoria política –el arte de convencer o “elocuencia” perfeccionada por Cicerón y Demóstenes–, consideramos que la retórica aporta un conjunto de estrategias que son inherentes al lenguaje como tal. Si el discurso escrito o hablado entendido como proceso de significación, es el terreno de la comunicación social donde se definen las reglas que constituyen las identidades colectivas, en consecuencia la retórica también tiene un papel destacado en la configuración de subjetividades, discursos y estrategias políticas⁹. Como veremos a continuación, la lucha armada no fue la única respuesta de la tendencia revolucionaria del peronismo a la hora de construir un sujeto político. La lógica de una articulación política no institucional, implicó dos momentos visibles en su estrategia retórica: el proletariado revolucionario como totalización metafórica del pueblo peronista en Gustavo Rearte, y las transiciones metonímicas entre cristianos, trabajadores y

⁸ Zizek considera que, “...la política posmoderna implica un repliegue teórico del problema de la dominación dentro del capitalismo, es aquí, en esta suspensión silenciosa del análisis de clase, que nos encontramos ante un caso ejemplar del desplazamiento ideológico: cuando el antagonismo de clase es repudiado, cuando su rol estructurante clave es suspendido, otros indicadores de la diferencia social pueden pasar a soportar un peso inmoderado (...) En otras palabras, este desplazamiento explica la forma de alguna manera ‘excesiva’ en que el discurso de la política de identidad posmoderna insiste en los horrores del sexismo, del racismo, etcétera –este ‘exceso’ deriva del hecho de que estos otros ‘ismos’ deben soportar la inversión del excedente de la lucha de clase, cuyo alcance no es reconocido–, v. “¿Lucha de clases o posmodernismo? ¡Sí, por favor!” en Judith Butler, Ernesto Laclau, Slavoj Zizek, *Contingencia, hegemonía, universalidad. Diálogos contemporáneos de la izquierda*, FCE, 2003, pág. 104. En *La razón populista*, Laclau toma distancia de aquellas críticas, v. pp. 289-297. Para pensar la disolución de la conciencia de clase en el contexto del fascismo o el estalinismo, v. Hannah Arendt, *Los orígenes del totalitarismo*, Alianza, 2002.

⁹ La idea original es del crítico literario Paul de Man, v. Ernesto Laclau, “Política de la retórica” en *Misticismo, retórica y política*, FCE, 2002, pp. 57-60. Para Laclau, “Existe desplazamiento retórico siempre que un término literal es sustituido por otro figurativo”, en *LRP*, loc. cit., pág. 95. Un ejemplo ya lo vimos con la sinécdoque (reemplazo de la parte por el todo, o del todo con la parte) en “La chispa que enciende la pradera”, cuando Régis Debray identificaba la parcialidad del “hombre de acción” con la totalidad del objetivo revolucionario. Algo parecido me ocurrió en una charla con un dirigente del CEFyL en la UBA hacia 2006, cuando el MST ocupaba la presidencia. Discutiendo sobre el juicio político a Aníbal Ibarra como responsable del incendio de la discoteca Cromagnon, el dirigente afirmaba con expresión severa: “esta es una crisis del régimen...”; yo creía que simplemente se trataba de una lucha entre facciones políticas rivales, que no alteraría demasiado la forma del Estado. Ahora bien ¿hablar de “el régimen” no es equivalente a aquella operación retórica que sustituye la parte (la destitución de un funcionario público) por el todo (el régimen como aparición espectral del Estado burgués *capitalista*)?

grupos armados donde se forja el pueblo de Bernardo Alberte.

Gustavo Rearte y la clase revolucionaria

“La falta de desarrollo de una estructura revolucionaria nacional que representara el papel de nexo entre Perón y el pueblo, que cumpliera tan extraordinariamente Evita, permitió que se produjera el cerco del Gobierno popular peronista por la burguesía capituladora ante el imperialismo” —

Programa del MRP (1964)_

En junio de 1955, mientras los aviones de la Marina con la divisa *Cristo Vence* pintada en los fuselajes bombardeaban la Plaza de Mayo, Gustavo Rearte y su compañera corrían a refugiarse debajo de la Recova. Había nacido en 1931, comenzó a trabajar en SIAM y más tarde en Jabón Federal, donde llegó a ser secretario general del Sindicato de Jaboneros y Perfumeros. En los años duros de la autodenominada Revolución Libertadora, se metió de lleno en la resistencia contra el régimen militar, y con Envar el Kadri, Jorge Rulli y Felipe Vallese fundaron la primera Juventud Peronista en 1957, participando dos años después en la toma del frigorífico Lisandro de la Torre. Con una gran capacidad autodidacta, completó los estudios secundarios ya adulto y bajo la influencia de la Revolución cubana devoró una gran cantidad de literatura marxista. Logró viajar a la isla, y llegó a ser uno de los varios contactos locales con el Che Guevara y Fidel Castro que enviaban militantes argentinos para su entrenamiento militar. Rearte también fue un constructor de organizaciones: con la bendición de Perón, en 1964 surgía el Movimiento Revolucionario Peronista, para oponerse al vandorismo que amenazaba con formar un partido laborista de base obrera, aprovechando el alto grado de autonomía alcanzado dentro del movimiento. Sin embargo, no bien la CGT amago con volver al redil, el líder exiliado desautorizó a Rearte y eligió a Vandor para dirigir el “Operativo Retorno”. A pesar de que el MRP nació como parte de la típica estrategia “pendular” de Perón -que consistía en utilizar a los sectores “duros” del movimiento para forzar acuerdos con la rama sindical y política- el fracaso en disciplinar a estos sectores obligará al General un año después a combinar tácticas y aprovechar una vez más el lento crecimiento de la incipiente izquierda peronista, mientras envía de gira a su esposa Isabel para no perder presencia en las elecciones provinciales¹⁰. ¿Cómo se construye el

¹⁰ A Gustavo Rearte también se le atribuye la redacción del programa de Huerta Grande aprobado por las 62 Organizaciones en 1962, un documento radical que luego sería reivindicado como fundacional por la TRP. Si formalmente se asemeja a un programa nacionalista, buena parte del contenido es anticapitalista: propone nacionalizar el sistema bancario, expropiar a la oligarquía terrateniente y el control obrero de la producción, v. C & R 6-7, pág. 4. Para la biografía de Rearte, ver “Entrevista a Jorge Pérez” en revista *Lucha Armada* nro. 4, pág. 83 y Luis Bruschtein “Homenaje a un dirigente de la Resistencia Peronista”, Página 12, 14/11/06 en <http://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-76150-2006-11-14.html>. El MRP fue fundado por Gustavo Rearte y Héctor Villalón. El primero se sumó con su organización, la Juventud Revolucionaria Peronista, creada después de la escisión de la JP en 1963 por diferencias con El Kadri, quien funda a su vez el Movimiento de la Juventud Peronista. Villalón, por su parte, aprovechaba su prestigio como delegado de Perón para establecer contactos con Cuba y hacer negocios exportando tabaco. Reflejando la disparidad entre sus dirigentes, Gillespie caracteriza a la agrupación como “*una alianza inorgánica entre revolucionarios, centristas y reformistas*”, argumentando que la tendencia revolucionaria fue una minoría

pueblo en el discurso de Gustavo Rearte? Una primera aproximación la notamos en el programa del MRP, del 5 de agosto de 1964:

*"La interrupción del proceso revolucionario peronista por el nefasto golpe reaccionario de 1955, ha dejado inconclusa la tarea de Liberación. La traición de la burguesía y la burocracia del movimiento que impidió la profundización constante de la acción transformadora que impulsaba Perón y que trabó la construcción de instrumento defensivo del pueblo: las milicias obreras armadas por las que tanto bregó Evita, abrieron el camino al zarpazo oligárquico e imperialista que inauguró el nuevo período ininterrumpido de opresión, persecución y humillación de nuestro pueblo hasta el presente (...) la clase trabajadora, base esencial del peronismo, es la única capaz de conducir consecuentemente, sin vacilaciones, hasta el fin, el proceso revolucionario arrastrando tras de sí a los sectores no comprometidos. Estos han demostrado terminantemente que por sus vacilaciones y por su debilidad ante el enemigo, que conducen al compromiso y a la traición, no están en condiciones de asumir la conducción revolucionaria. Por lo tanto, los trabajadores constituyen la vanguardia del pueblo en la lucha contra la reacción"*¹¹

Analicemos con cuidado cada pasaje. En principio, se concibe al peronismo clásico como un frente de clases, pero la capitulación de la burguesía nacional y la traición de la burocracia impiden la realización plena de las tareas propias de un movimiento de liberación nacional de esencia revolucionaria (reforma agraria, nacionalización del comercio, la banca y la industria, ruptura con el imperialismo, etc.). Este proceso de segregación de la identidad peronista implica una necesaria relación de sustitución, donde la fuerza del "pueblo" se oculta subrepticamente detrás de las milicias obreras. Estamos ante el movimiento tropológico conocido como metáfora, aquella figura retórica surgida por la intuición de una analogía entre objetos diferentes que comparten algún rasgo en común¹². Lo interesante de la metáfora en la producción

traicionada por Perón, cuando dejó de servirle para combatir a la burocracia sindical. Así ponemos la lupa sobre una tendencia que hacia 1964 todavía no había definido una ideología o una organización propia dentro del movimiento, v. Richard Gillespie, *Soldados de Perón. Los Montoneros*, Grijalbo, 1998, pp. 55, 68-69. A pesar de todo, en *Compañero* -órgano de prensa del MRP- se advierten sensibles desplazamientos de sentido en dirección a una síntesis nacionalista de izquierda, confirmada por el uso de términos como "liquidacionismo", "dualidad de poder", "milicias obreras", o "guerra revolucionaria". Las líneas internas del MRP eran la JRP, la JP de La Plata y la de Salta dirigida por Armando Jaime, sindicalistas de gremios marginados como De Luca, Aguirre o Santillán, o políticos como Villalón y Mario Valotta, el intelectual marxista que dirigía *Compañero* con una tirada de 30.000 ejemplares. Después de la debacle de 1964, el MRP se acercó a superestructuras gremiales como las "62 de Pie junto a Perón", organizando también un pequeño aparato armado denominado Fuerzas Armadas Peronistas. Tras el golpe de 1966 la JRP de Rearte rompió con el MRP, alegando que este no aplicaba una estrategia armada, convergiendo así con la TRP. V. M. Raimundo, *op. cit.*, pp. 10, 16-17.

¹¹C & R nro. 6-7, pág. 4 (4-5 del original).

¹² Jorge Luis Borges, "La metáfora" en *Historia de la eternidad*, EMECE, 1996, pág. 88. Las metáforas más sencillas empleadas por la estética literaria son comparaciones incompletas: "Ella es (tan bonita como) una rosa funciona como Ella es una rosa. Existen dos planos, el real (la mujer que opera como referente) y el evocado o imaginario (rosa), con una relación de similitud entre los dos términos. Si solamente aparece el plano evocado nos encontramos ante una metáfora pura: *El pirata de su corazón le destrozó el alma* (su amor), y si tenemos los dos planos, impura: *Su amor es el pirata de su corazón, que le destrozó el alma*. V. <http://www.lukor.com/literatura/metafora.htm>. En política, el lenguaje figurativo no es tan inocente: el *Proceso de reorganización nacional* era una metáfora de la "Organización nacional" diseñada por la Generación del 80 para implantar el Estado nacional y el modelo primario exportador. En este caso, lo literalmente excluido/sustituido del lenguaje son, por supuesto, las víctimas *concretas* del nuevo orden que recuperarían parte de su voz con el desplazamiento político-semántico que se operó en 1983, de aquel eufemismo al "terrorismo de Estado" con que la nueva formación discursiva de la restauración

de identidades políticas es su capacidad de naturalizar situaciones cuyas partes no se encuentran articuladas *a priori*; dicho en otras palabras, la metáfora convierte en necesarios (invariables) los vínculos contingentes (variables) entre dos significantes cuya asociación depende de la operación retórica (como ocurre cuando escuchamos hablar de “la falda de una montaña”, en realidad nadie piensa literalmente en una pollera). Empleada como metáfora, la palabra pierde sus atributos sensoriales y contribuye a fijar el sentido de una estructura extranjera a su contenido original, allí donde solamente había una vaga analogía conceptual o lingüística. La clase trabajadora no es una parte más del pueblo; por el contrario, si constituye la esencia de peronismo quiere decir que aquella representa al campo popular por extensión, adquiriendo los rasgos de una totalización metafórica. Si el peronismo clásico era aquella figura que venía a reemplazar con la comunidad organizada la competencia egoísta del liberalismo y la amenaza de disolución social del comunismo, el agotamiento del frente articulado en 1945 permite que el proletariado se posicione como metáfora del peronismo, sustituyendo la inestabilidad de la alianza de clases por la necesidad de la tarea revolucionaria que constituye el “deber ser” de la clase obrera. No es ninguna casualidad entonces, que este lugar común del marxismo-leninismo se corresponda con la innovación que realiza el MRP en el peronismo, al considerar necesaria la construcción de una organización revolucionaria o partido de cuadros *sui generis*, a contramano del tradicional “movimientismo” de la rama sindical.

Sin embargo, la insistencia en el “pueblo trabajador” repetida en varios puntos del documento impone un límite al movimiento tropológico, que es la huella de su propia contingencia: la lógica de reagregación metafórica no puede ocultar la convocatoria “*a la acción a los demás sectores del pueblo argentino no comprometidos con la reacción*”¹³. La diferencia es que aquí no hay ningún desplazamiento de sentido de un término a otro, sino un reemplazo; como vimos recién, el juego de las metáforas esconde las articulaciones detrás de sustituciones al modo de las muñecas rusas: el pueblo es sustituido/metaforizado por el peronismo, el peronismo por la clase trabajadora y esta por la organización revolucionaria, con “*la lucha armada como el método supremo de la acción política*”¹⁴. ¿Esta forma de lucha se inscribe como punto nodal, como verificamos en los últimos escritos de Cooke? Es aquí donde las equivalencias no se agotan en comprobar la lógica productiva del significante, penetrando en el campo de la recepción y el significado. A pesar de la elevación estratégica de la lucha armada, podemos inferir por diversos

democrática bautizó al período.

¹³ C & R nro. 6-7, pág. 5 (6 del original). En *Compañero* del 4/08/64, el MRP repite esta línea mostrando claramente que el campo popular se compone de diferentes clases cuya unidad se define por su oposición al imperialismo: “...un programa revolucionario que proponga la destrucción de los enemigos del pueblo y acerque a sus aliados, se podrá sumar a la batalla por la liberación y por la vuelta de Perón, detrás de la conducción de la clase trabajadora, a todas las otras clases no comprometidas por las fuerzas imperialistas”, en M. Raimundo, *op. cit.*, pág. 15.

¹⁴ C & R nro. 6-7, pág. 4 (5 del original).

testimonios que la experiencia de la Resistencia, la actividad sindical y la militancia en el frente de masas colocaba a Rearte en una posición muy diferente a la de los jóvenes foquistas que animaron C & R (en particular los que se separaron en 1968, con el objetivo de construir el aparato armado que serviría de base para fundar Montoneros). Como afirma Marita:

"A partir de allí él empieza a recibir Gustavo Rearte, muchos cuestionamientos por parte de los Montoneros, por ejemplo. Los Montoneros lo acusaban a él de no haber llevado hasta sus últimas consecuencias la lucha armada, más o menos lo mismo que lo podían acusar a Juan...el les contesto nada más que el tenía una trayectoria dentro de la Resistencia peronista, y se había dado cuenta de que con ese enemigo había que luchar en todos los frentes de una determinada manera, y que tampoco iba a llevar como persona responsable a la gente a la locura...pero Montoneros tenía tanto de soberbia, dirigía esas cartas a los viejos dirigentes peronistas..."¹⁵

Evidentemente, hay un hiato entre 1964 y 1970, cuando el dirigente de la Resistencia tiene que justificar ante Montoneros –que se instalaron en el centro de la escena política gracias al espectacular secuestro de Aramburu y posterior toma de La Calera- porque no encabezó antes ninguna acción armada públicamente. La prudencia de Rearte no es circunstancial: en el acento puesto sobre las “milicias obreras” debemos situar el significativo vacío que anuda a las demás luchas, el particular que tiende a la universalidad hegemónica estableciendo un puente con la forma superior (la lucha armada) sin emanciparse plenamente de la clase trabajadora. La prueba del carácter metafórico de estas milicias es que “la visibilidad de lo que se ha subvertido tiende a desaparecer”¹⁶. Y no sólo cuando la identidad popular se condensa en la identidad de clase; la peculiar atribución de las milicias obreras como fuerza armada del pueblo sustituye sin nombrar al gran Otro que se yergue amenazador más allá de la frontera antagónica: el ejército del Estado burgués. Si como dice Omar Acha, el peronismo era en esta coyuntura “el nervio del

¹⁵ Entrevista a María Elba Foix, Programa de Historia Oral, pág. XXXII. Otro testimonio de Jorge Pérez refuerza el argumento: “Rearte decía, en un artículo escrito en 1970, Violencia y tarea principal, que si la lucha armada no conducía a un cambio ideológico en el seno del peronismo, los luchadores iban a ser aislados y después derrotados. El sabía que Perón llamaba a crear a las ‘formaciones especiales’ para un momento especial (...) Gustavo observaba más a fondo y sabía que íbamos a ser negociados, y nos decía: ‘**muchachos, ojo con prenderse con todo, porque esto se cae**’. Ese es el planteo que aparece en ese artículo, sin mencionar a Perón, claro. Gustavo sabía que no había que esperar algo de los militares, sino que había que conseguirlo. Era muy importante el tema de la lucha armada, del compromiso, de que había que pelear. Básicamente, **Rearte pensaba que si los militares quedaban acorralados y, finalmente optaban por negociar con Perón sin que hubiera un cambio ideológico entre los trabajadores, podíamos ser aislados y derrotados**” (el subrayado es mío), v. “Entrevista a Jorge Pérez”, loc. cit., pág. 82. La sustitución metafórica no necesariamente deriva en el “sustitucionismo”. En 1968, Rearte deslizaba una crítica sutil al foquismo, cuando afirmaba en la convocatoria al primer Congreso de la TRP que: “Debe rechazarse toda ilusión idealista de contar con las masas como acto reflejo por la sola presencia de un grupo armado”, v. E. Gurucharri, op. cit., pág. 246. La lucha armada entonces, era un elemento contingente incapaz de fijar un sentido universal, porque literalmente “esto se cae”. La capacidad del Estado para neutralizar y diferenciar demandas se contrarresta con el papel hegemónico/metafórico de la clase trabajadora, que aglutina a los demás sectores.

¹⁶ Ernesto Laclau, “Articulation and the limits of metaphor”, *mimeo*, pág 7. Agradezco al director del CEDIS, Gerardo Aboy Carlés, por facilitarme una copia de este *paper* inédito en Argentina.

pueblo”, para Gustavo Rearte su instancia articuladora reside en la organización revolucionaria, aquella infraestructura que buscaba suplantar a Evita como nudo simbólico entre Perón y la clase obrera¹⁷.

La batalla de Alberte:

“La figura de Alberte, el hecho de que haya sido militar, porque indudablemente el Peronismo ve un uniforme y se marea, pero además ve un tipo honesto y además que habla y dice ¡vamos a hacer tal cosa!... Asustó mucho cuando dijo que teníamos que llegar a la época en que había un delegado por manzana y hubo gente del Movimiento que nos cuestionó que esa era una organización tipo soviets, estilo comunista”.

Mabel di Leo.

Si Rearte había intuido lo importante del momento de la articulación, el límite de su estrategia fue concebir a la clase trabajadora como metáfora o esencia del pueblo peronista, una postura comprensible no sólo por la influencia del marxismo en su análisis político, sino por una coyuntura anclada en la lucha del MRP contra el vandorismo, allí donde paradójicamente el lenguaje “clasista” era monopolizado por la burocracia sindical en clave corporativista¹⁸. Como tendencia minoritaria, la organización no podía despegarse del discurso obrerista, aunque planteara la hegemonía del proletariado en la conducción política de un frente de clases. El Mayor Alberte y Raimundo Ongaro darían un paso clave para articular en su discurso las diferentes luchas que se multiplicaron en 1968 con el ascenso de la CGT de los Argentinos, el desarrollo del Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo y los primeros operativos sin firma de grupos armados. ¿Quién era Bernardo Alberte, y por qué hacia fines de la década de 1960 es ya un referente estable del peronismo revolucionario? Al parecer, el desplazamiento hacia posiciones nacionalistas de izquierda no fue inmediato, sino una mutación específica que puede situarse entre 1967 y 1968. Nacido en 1918, se graduó como suboficial a los 21 años y en octubre de 1945 fue encarcelado por apoyar a Perón. Una vez liberado, fue nombrado edecán del presidente y el trágico 16 de junio del 55 lo

¹⁷ Omar Acha, “Poder popular y socialismo desde abajo”, en *Reflexiones sobre el poder popular*, loc. cit., pág. 21. Es necesario subrayar que esta no es una “articulación contingente”. Por el contrario, la *esencia* del peronismo es el proletariado que determina *a priori* los contenidos de la formación hegemónica. Esto implica una asimetría constitutiva de lo social donde no todas las identidades “valen lo mismo” a la hora de conformar un bloque de poder (popular o burgués). En esta línea, Alberto Bonnett afirma que la “fetichización del discurso” trae como consecuencia: “...la ya citada incapacidad de explicar por qué ciertos grupos y demandas sociales tienen la capacidad de devenir hegemónicos y otros no. Laclau admite ocasionalmente este hecho: ‘no toda posición en la sociedad, no toda lucha es igualmente capaz de transformar sus contenidos en un punto nodal que pueda tornarse un significativo vacío’ (...) En la Argentina en crisis de fines de la década de los ochenta, por ejemplo, la gran burguesía forjada durante más de dos décadas de concentración y centralización del capital, negocios y subsidios estatales, transnacionalización y financiamiento externo estaba en mejores condiciones para encabezar una hegemonía que los pequeños comerciantes cordobeses o los campesinos chaqueños...”, v. “El concepto de hegemonía a la luz de las hegemonías neoconservadoras”, en *Nuevo Topo, Revista de Historia y pensamiento crítico*, nro. 4 (2007), pág. 114. La tesis de Laclau en *Emancipación y diferencia*, es que sólo la lógica de la equivalencia y la diferencia son determinantes de aquellas desigualdades. Ahora bien, si recordamos la crítica de Žižek a la naturaleza “homeostática” del modelo, cabría preguntarse si esta contingencia infinita donde la diferencia es subvertida siempre por la equivalencia y viceversa, presenta en efecto asimetrías –algo así como las “estrías históricas” que vimos colarse por la ventana de *LRP*, v. nota 11, pág. 9-10- o más bien esta deducción teórica corre el riesgo de convertirse en una tautología que se impone por encima de la investigación histórica.

¹⁸ M. Raimundo, *op. cit.* pág. 13.

sorprendió en la Casa Rosada. La primera bomba cayó a las 12:30 del mediodía en pleno horario laboral, y la infantería de Marina apostada en el puerto avanzó hacia el palacio de gobierno. Los granaderos los recibieron a tiros, mientras intentaban repeler con fuego antiaéreo a los aviones que los ametrallaban desde el aire. Mientras el edecán de Perón apoyaba la acción disparando su pistola desde una ventana, el *Bebe* Cooke hacía lo mismo, tratando de ocultar su gruesa silueta detrás de la estatua ecuestre de Belgrano. Una vez derrocado el gobierno peronista, el mayor Alberte fue expulsado del Ejército y recluido en el penal de Usuahia con una variopinta mezcla de dirigentes peronistas encabezados por Cooke, Héctor Campora, Jorge Antonio y Guillermo Patricio Kelly. Libre un año después, tras un corto exilio en Brasil vuelve al país en 1957, se cartea con Perón e instala una tintorería. A comienzos de la nueva década, sin embargo, todavía estaba muy lejos de posiciones radicales como las de Cooke o Rearte. A fines de 1965, el Mayor participaba de la logia Anael junto a Julio Troxler, una sociedad secreta que combinaba la doctrina justicialista de la Tercera Posición con creencias esotéricas. A pedido de otro miembro del grupo, Alberte tuvo la mala idea de escribir una carta de presentación dirigida a Perón. El beneficiario era un desconocido impresor llamado José López Rega. Gracias a su compromiso para proteger a Isabel Martínez durante su visita al país, fue nombrado delegado del líder exiliado a comienzos de 1967, y ya ungido Secretario General del Movimiento Peronista, intentó contrapesar la hegemonía de jefes sindicales como Vador y Alonso con los sectores juveniles y los gremialistas combativos. Así el Mayor dejó de ser mediador y se identificó cada vez más con la izquierda peronista¹⁹.

¹⁹ E. Gurucharri, *op. cit.*, pp. 25-45, 77-92. En la correspondencia con Perón notamos varios desplazamientos en esa dirección, pero también dudas. Según Jorge Pérez, Alberte estaba fascinado con Franz Fanon y *Los condenados de la tierra*: “*En otros países en su lucha por su liberación, se crearon momentos de estancamiento o indecisiones que fueron salvadas inspirándose nuevamente en aquellos principios que la larga lucha había hecho olvidar un poco. Argelia en el año 1956, en el valle de Souman, resolvió el problema del estancamiento de su guerra revolucionaria. Para ello, con el mayor secreto, todos los jefes de la revolución argelina, procediendo de todos los rincones del territorio, se reunieron para tratar todos los problemas de la liberación. Allí todos los jefes de la insurrección aprobaron su programa general, oficializaron su estructura y transformaron lo que hasta ese momento había sido una rebelión en la guerra revolucionaria por la liberación. Nada se dejó librado a la improvisación o al criterio particular de cada uno, todo se previó, desde la estrategia hasta los métodos y procedimientos hasta alcanzar los objetivos determinados con precisión*” (carta de Alberte a Perón, 28/01/66, pág. 87). Si el General enseñaba en el arte de la conducción política la necesidad de manejar el movimiento “con dos riendas” o con sus “dos manos” (oponer a dos sectores para aparecer como el tercero neutral que resuelve y decide), el Mayor va a confesar en una carta que “*Se que Ud. ha sufrido y ha tenido que aguantar a muchos en política, pero yo le aseguro que bajo mi ‘piel de rinoceronte’, con la que he debido cubrirme, para aguantar mejor las piedras, los dardos envenenados, las falsedades, las hipocresías, etc., siento la necesidad de usar, no sólo mi “mano izquierda”, sino también mis uñas, mis pies, mis puños, mis dientes y todo aquello que me permita enfrentar a toda esta manada de lobos...*” (pág. 135). En 1967, todavía desconfiaba de dirigentes sindicales como Jorge Di Pasquale o de religiosos como Monseñor Podestá, que desde su punto de vista usurpaban la doctrina social del peronismo, al difundir la encíclica *Poppulorum progressio* de Paulo VI. A partir de 1968, Alberte tendría que emplear cada vez más su “mano izquierda”, y la otra quedaría tan inutilizada como uno de los colaboradores de derecha antisemita que le había presentado Perón, el Dr. Carlos Disandro. Este profesor de la Universidad de La Plata escribiría al líder exilado que: “*...los obispos y clérigos que hacen un planteo marxistoiide, bolche, etc., como por ej. Mons. Quarracino (...) el padre Mayol (del grupo bolche Tierra Nueva, y que tiene entrada en la CGT), etc. Coaliga esta tendencia varios grupos izquierdistas (laicos y clericales, como por ej.: el de Tierra Nueva, Cristianismo y Revolución, grupo Camilo Torres, etc. (...)) no lo quepa duda, mi General, que Podestá es agente de la política vaticanista y judía, es decir, representa lo que yo llamo el judeocristianismo*” (carta de Disandro a Perón, 24/07/67, pág. 164).

¿Como se compone el pueblo en el discurso de Bernardo Albarte? En marzo de 1969, la portada de C & R aparece con la foto del Mayor y el epígrafe “Peronismo Revolucionario”. En la sección de “Definiciones”, el ex delegado de Perón enumera las diferentes expresiones organizadas de protesta social que comienzan a desestabilizar al régimen militar: la CGT de los Argentinos, la Tendencia Revolucionaria del Peronismo, los cristianos radicalizados. Si nos detenemos en este punto, podemos ver la estatura que adquiere el momento de la articulación política, en oposición a las metáforas unilaterales de Gustavo Rearte:

"Todo cristiano si es sincero, en esta época como en todas, debe ser un revolucionario. Si no es un mistificador o es un ingenuo que cree que su obligación está en la defensa de un 'orden' que la propaganda ha llamado 'occidental y cristiano' y que la realidad nos hace ver que ese orden está basado en formulaciones políticas, económicas y sociales que buscan como objetivo fundamental la explotación del hombre por parte de los poderosos. El cristiano no puede comprometerse con ese orden, sino a favor de los explotados y puesto que el Cristianismo es fundamentalmente un mensaje de amor y el amor no es una abstracción, sino una praxis, una tarea a realizar, el cristiano tiene la obligación de ponerse la tarea de transformar ese orden, cambiarlo, modificarlo, superarlo por todos los medios que sea necesario emplear. Hablar de cambio en esta época, en que los cambios deben ser tan profundos, en razón de la profundidad a que han alcanzado los males, es hablar de revolución. Siendo el Movimiento Peronista el instrumento revolucionario de la clase trabajadora, de la clase explotada, no debemos dudar que el lugar de todo auténtico revolucionario está allí, junto al pueblo, que por lo menos hasta ahora, se ha expresado, hasta con sangre a través de él"²⁰.

Aquí la apelación a los explotados o al peronismo no tiene ningún significado esencial, a causa de las sucesivas transiciones entre un significante y otro, que dan como resultado una trama de identidades ligadas entre sí por su contigüidad espacial: el cristianismo es el amor al prójimo, el prójimo es el explotado, los explotados son peronistas. Es la operación retórica que conocemos como metonimia, donde el desplazamiento se realiza entre palabras pertenecientes a un mismo campo semántico, mientras que la metáfora implicaba dos campos semánticos diferentes, empleando palabras que se presentan o se omiten en la misma oración. Según Roman Jakobson, la diferencia entre metonimia y metáfora surge porque en la primera, la sustitución de un término por otro se da por una relación de contigüidad espacial, temporal o causal, no por una analogía entre dos términos diferentes en sustancia. Hay metonimia cuando señalamos una parte del todo con otra parte más próxima, por ejemplo si para referirnos a un barco decimos “cuando vimos las *velas*”. Si como afirma Paul de Man la metáfora puede convertir mediante analogías la “contigüidad temporal en una duración infinita”, la metonimia es una asociación en el espacio físico, contingente e inestable. Si la metáfora tiende a ocultar los elementos que sustituye, la metonimia articula

²⁰ C & R nro. 12, pág. 4 (5 del original).

una combinación más explícita de las identidades que nombra²¹. La consecuencia más importante que surge con esta cadena de identidades políticas es la radicalización de la equivalencia sobre la diferencia, la subversión del orden institucional limitado por la expansión horizontal de las identidades que se agregan para conformar el pueblo²². Ahora bien, si existe un “empate hegemónico” entre el bloque militar-corporativo y la progresiva articulación de luchas sociales, políticas y culturales que se libran contra la Revolución Argentina, en la coyuntura de fines de la década del 60 el nombre de Perón todavía no es capaz de funcionar como imán de una voluntad colectiva. Aquí consideramos un ajuste a la periodización de Laclau: si consideramos la amplitud del ciclo 1955-1973, se comprueba que la saturación de la cadena equivalencial producida por la acumulación de demandas insatisfechas avanza hacia una recomposición hegemónica cada vez más subordinada al nombre de Perón. Esto se pone de relieve sobre todo desde noviembre de 1970, cuando surge La Hora del Pueblo y más tarde el Gran Acuerdo Nacional, dos intentos para canalizar institucionalmente la lucha de clases y disciplinar una de sus explosiones más violentas, la guerrilla urbana. Sin embargo, en el corto plazo la articulación política no puede aferrarse a ninguna lógica institucional (ni siquiera la que se supone encarnaría Perón, que desde el exilio comienza a hablar de socialismo nacional, y más tarde invitará a “quilombificar” el país). ¿Pero no aparece otra posibilidad advertida tanto por el líder exiliado como por el régimen militar, a saber que la cadena se desplace a nuevas equivalencias capaces de construir un pueblo no necesariamente articulado por el nombre de Perón? El peligro era justamente la “subversión del principio de equivalencia como tal”, y es curioso que el vértigo de los vínculos políticos contingentes sea percibido como un peligro tanto dentro como fuera de

²¹ En el esquema que estamos empleando, la metáfora como comparación entre dos objetos claramente disociados se vincula con la lógica de la diferencia, mientras que la metonimia como lazo entre dos objetos cercanos es un reflejo de la lógica de la equivalencia. En “Articulation and the limits of metaphor”, Ernesto Laclau sostiene que la hegemonía como articulación es siempre metonímica, aunque el momento de la totalidad es metafórico. En consecuencia, la lucha hegemónica es la historia de los sujetos políticos que deben realizar tareas divorciadas de sus posiciones de sujeto originales, es decir, que deben asociarse a otras identidades mediante vínculos metonímicos/contingentes. El concepto de “golpear juntos, marchar separados” como explicación de la alianza de clases en Lenin, requiere de la metonimia como estrategia discursiva, cuando el proletariado debe realizar las tareas de la revolución antifeudal con aliados burgueses, campesinos, etc. Los cristianos que realizan las tareas de liberación nacional abandonadas por la burocracia del movimiento peronista son un caso análogo. Los ejemplos de metonimia son de www.lukor.com/literatura, donde se distinguen varios tipos: el efecto por la causa, por ej. “mi dulce tormento” (en referencia a una mujer), lo físico por lo moral, por ej. “hay en mis venas *sangre jacobina*”, o lo concreto por lo abstracto, por ej. “respetar sus *canas*” (en referencia a la vejez). Cabría pensar que comparando estos ejemplos con los que ofrecimos cuando analizamos la metáfora como figura retórica, esta tiende a mostrar lo que sustituye de forma más transparente que la metonimia, que también es una operación de sustitución y no de simple agregación (como se enfatiza en el análisis de Laclau).

²² En “El retorno de Perón”, Laclau sostiene que “... existe otra posibilidad, a saber, que el *significante tendencialmente vacío se vuelva completamente vacío; en ese caso, los eslabones de la cadena equivalencial no necesitan para nada coincidir entre sí: los contenidos más contradictorios pueden ser reunidos en tanto se mantenga la subordinación a todos ellos al significante vacío. De acuerdo con Freud: esta sería la situación extrema en la cual el amor por el padre es el único lazo entre los hermanos. La consecuencia política es que la unidad de un ‘pueblo’ constituido de esta manera es extremadamente frágil. Por un lado, el potencial antagonismo entre demandas contradictorias puede estallar en cualquier momento; por otro lado, un amor por el líder que no cristaliza en ninguna forma de regularidad institucional –en términos psicoanalíticos: un yo ideal que no es internalizado parcialmente por los yo es corrientes- sólo puede resultar en identidades populares efímeras. Cuanto más avanzamos en la década de 1960, más percibimos que el peronismo estaba lindando peligrosamente con esta posibilidad”, v. LRP, loc. cit., pág. 270.*

la tendencia revolucionaria (recordemos que la ARP y el MRP trataron de recortar y fijar una esencia negativa y antagónica del peronismo, tratando de asociar sus instantes de rebeldía con la lucha armada, o con el proletariado revolucionario). Nuevamente la historia oral nos permite recoger un elemento de prueba importante, a través del testimonio de Marita:

Marita Foix: *"Vos calculá que Ongaro siempre fue...se muere en un accidente Amado Olmos y casualmente termina el siendo, pero el cargo lo tenía que sostener todo el mundo para que no se ladeara para algún lado ¿viste? Entonces ¿quiénes iban? Gustavo Rearte, el mayor Alberte y Juan García Elorrio se le metían entre medio para que si se entrevistaba con un coronel o con esto no se convirtiera...porque era un tipo débil, ideológicamente era un tipo débil, su única fortaleza era el periódico que dirigía Walsh, y Walsh también sabía.*

Entrevistador: *O sea que a pesar de esta visión de que se podía encabezar una hegemonía a partir de la CGT de los Argentinos articulando con otras luchas, también había como un apuntalamiento o una sensación de fragilidad también en el primer momento...*

Marita Foix: *Si, una fragilidad absoluta...²³*

Aquí también se hace carne la propuesta teórica de que una expansión virtualmente infinita de las equivalencias, sólo conduce a construir identidades políticas efímeras. Es por eso que experiencias fundamentadas en esa práctica de separación de la lógica institucional como el anarquismo, contribuyeron a forjar una dimensión crucial de la identidad popular en la etapa "heroica" de formación del movimiento obrero, a comienzos del siglo XX. Pero es igualmente necesario recordar que fue ese mismo privilegio de la expansión horizontal a contramano de las mediaciones de una sociedad cada vez más compleja, la que facilitó la represión estatal y condenó a aquella corriente a su marginación como alternativa política. Algo parecido ocurrió con Gustavo Rearte o Bernardo Alberte: al minimizar la viabilidad del retorno de Perón, intentaron prolongar más allá de las condiciones políticas materiales aquel chispazo de hegemonía alternativa que estalla con el Cordobazo en 1969, y paradójicamente encuentra su límite con la aparición de las organizaciones político-militares hacia 1970. Es la amenaza de una hegemonía real de las clases subalternas, la que después del ajusticiamiento de Aramburu en junio de aquel año va a modificar la estrategia de la dictadura. De allí en adelante, un debilitado gobierno militar verá primero en la transición democrática, y posteriormente en la llegada de Perón la única forma de absorber las demandas

²³ Entrevista a Marita, Programa de Historia Oral, pág. XXXII. La célebre verborragia de Ongaro hace difícil entender cual es el sector que va a encabezar la hegemonía, ya que a través de transiciones metonímicas tanto el peronismo como el cristianismo o los jóvenes socialistas son revolucionarios: *"El peronismo es la corriente básica que tiene el país para poder producir los hechos de liberación. Y así como no podemos descartar la participación de los cristianos revolucionarios que por distintos motivos no habían participado del peronismo, así tampoco podemos olvidar a los hombres, especialmente a los jóvenes que militan en otras agrupaciones o en los medios culturales, gremiales y políticos y que siempre han luchado por una revolución social. Estos compañeros, cuyo denominador común podríamos decir es la corriente que está por la Revolución Socialista, son también parte activa de la lucha de liberación"*, en "Habla Ongaro", C & R nro. 13 (marzo de 1969).

acumuladas, sin poner en riesgo su propia posición en el sistema (la posibilidad de que el Ejército mismo se disuelva, para convertirse en el gran Otro excluido de una nueva formación hegemónica)²⁴.

Observaciones finales. ¿Hacia una recomposición hegemónica?

Parece sintomático del derrotero simbólico que recorre C & R, que las referencias al peronismo revolucionario que había iniciado John W. Cooke en la sección “Definiciones” de la revista, terminen con Bernardo Albarte en el número 23 correspondiente a abril de 1970. El silencio comienza poco antes de que las organizaciones armadas multipliquen su accionar, y se sitúen en el centro de la escena política nacional. Vale la pena recordar una carta que envía la conducción de Montoneros al Mayor, donde se alinean en la tradición inaugurada por el MRP, pero al mismo tiempo declaran muerta esa vía de impugnación:

“...existe una línea programática que surge de la correcta interpretación de la doctrina del Movimiento, dada a través de documentos como los del 5 de agosto de 1964, marzo de 1966 y enero de 1969. Es más, consideramos que ésta línea programática impone una tarea y una responsabilidad a todo el peronismo combatiente: cumplirla, y que aquellos que se mueven dentro de los marcos de la conciliación con el Régimen ya dejaron de pertenecer al Movimiento. Por lo tanto, creemos que es inexacto hablar de un peronismo revolucionario, ya que para nosotros hay una sola clase de peronismo: el que es leal a Perón, a su doctrina y a su pueblo. Esta lealtad determina su condición revolucionaria y liberadora”²⁵

Estamos ante una fractura generacional que es de dominio público, posible tras el cambio de coyuntura instalado por las insurrecciones obreras y certificado por los propios Montoneros con el secuestro de Aramburu. La alternativa de un proceso electoral revela que la condición de existencia del “peronismo revolucionario” era el estado de excepción de la dictadura de Onganía, un momento de fuerte dicotomización del campo político donde se desarrolla la lógica de la equivalencia (el peronismo como

²⁴ Esta posibilidad de disolución del Ejército era concebida incluso por Bernardo Albarte. En sus definiciones, está cerca de concebir a las FF.AA. como significante flotante, una identidad histórica cuyo contenido puede cambiar si es articulada de otra forma por una hegemonía alternativa: “*Son instituciones humanas que actúan para bien o para mal según sean los hombres que las dirijan. No son mejores ni peores que los hombres que las componen, por eso los méritos de una época no pueden transferirse automáticamente y porque sí a otra posterior. Los méritos de San Martín no amparan a Quaranta, ni a Aramburu. Fernández Suárez no infama a Belgrano con su conducta, ni a Dorrego, podemos admirar al Almirante Brown sin dejar de repudiar al Almirante Rojas, el fusilador. Podemos sentirnos herederos y deudores de aquellos milicos que sembraron con sus huesos los suelos de la Patria y de América y no por eso atenuar nuestro juicio sobre los oficiales y suboficiales que cometieron o consintieron torturas en la época de Aramburu y el Conintes. Tampoco creemos que exista alguna relación con el ejército de la Independencia y el de Obligado con el de la época de la Organización que ganó sus trofeos asesinando gauchos o con el actual que con el concepto de guerra de las ‘fronteras ideológicas’ encuentra enemigos dentro del mismo pueblo y amigos entre los que lo explotan ignominiosamente*”, C & R nro. 12, pág. 4. Es llamativo que cuando se critica a la Iglesia, se apela de la misma manera a la Historia, para romper su aura de sacralidad y desmitificar así su aparente carácter inmutable y monolítico.

²⁵ E. Gurucharri, *op. cit.*, Carta de Montoneros a Albarte (7/10/70), pp. 274-275.

alianza de clases varia los componentes de su articulación a escala horizontal). En la medida en que gana terreno la lógica de la diferencia (institucional, vertical), partidos políticos, organizaciones armadas y diversos grupos modifican su estrategia ante el horizonte próximo de la toma del poder²⁶. El Cordobazo y la agonía de la Revolución Argentina serían el punto de ebullición de este fenómeno de indeterminación abierto por el “empate hegemónico”, condensación simbólica que se traduce en C & R con la devaluación del foco rural y una afirmación de los trabajadores como alternativa hegemónica independiente (aunque el peronismo se enuncia como vanguardia, articulador político y universal necesario para convertir la insurrección en revolución). La irrupción en escena de Montoneros y la aparición del GAN polarizan el escenario político en dirección a una revalorización de los significantes peronistas, y en particular de la palabra de Perón²⁷. Recapitulando lo expuesto con anterioridad, el pueblo del MRP se correspondía con una coyuntura diferente, donde la dispersión del Movimiento a comienzos de la década de 1960 era combatida por sus tendencias más radicales a través de la segregación clasista del peronismo revolucionario como identidad política. Dicha operación de separación, fue posible a través de la enunciación del proletariado como metáfora del pueblo peronista. Hacia fines de los años 60, sin embargo, la articulación de luchas sociales contra la dictadura de Onganía exigió la puesta en escena de un discurso cargado de transiciones metonímicas. La función de esta estrategia retórica se relacionaba con la necesidad de potenciar una lucha con el aliento de la otra, es decir, trascender la esfera corporativa de cada identidad particular para construir hegemonía en las trincheras de la sociedad civil. En palabras de Paul de Man:

*"El cruce de atributos sensoriales en la sinestesia es sólo un caso especial de un patrón más general de sustitución que todos los tropos tienen en común. Es el resultado de un cambio de propiedades hecho posible por una proximidad o una analogía tan cercana e íntima que ella hace posible que una sustituya a la otra sin revelar la diferencia introducida necesariamente por la sustitución. El vínculo relacional entre las dos entidades implicadas en el intercambio pasa entonces a ser tan estrecho que puede ser calificado de necesario: no puede haber verano sin moscas, ni moscas sin verano"*²⁸

²⁶ El nombre de Perón no implica necesariamente una articulación regida por la lógica de la diferencia/institucional, como testifican los diversos usos que recibió en la década de 1970. Una buena tarea para advertir en que medida el retorno del líder se asocia a un proceso de recomposición hegemónica es ver cuando se reemplaza el significante “socialismo nacional” por el de “reconstrucción nacional”. La misma fuerza del peronismo para atrapar significantes flotantes, es el límite de su potencia transformadora (debido a la volatilidad y dispersión social/simbólica de esos significantes). Por eso el peronismo resiste su clasificación bien como movimiento de liberación nacional, bien como “nacionalismo burgués”. Según pasan los años puede ser equivalente a significantes tan diversos como justicia social, soberanía política, independencia económica, doctrina social de la Iglesia, “cinco por uno, no va a quedar ninguno”, patria socialista, patria peronista, trasvasamiento generacional, revolución productiva, desregulación, flexibilización laboral, distribución de la riqueza, derechos humanos, etc.

²⁷ La otra consecuencia posible de una saturación en la expansión de equivalencias es la exclusión al plano de la heterogeneidad radical de algunos de sus elementos (como ocurrió con la eliminación física de militantes que sucede a la muerte simbólica de los significantes peronistas o marxistas revolucionarios desde 1975, confinados al exterior de la red simbólica).

²⁸ Ernesto Laclau, “Política de la retórica”, *loc. cit.*, pág. 71.

Si la sinestesia para la fisiología es la “sensación que se produce en una parte del cuerpo a consecuencia de un estímulo aplicado a otra parte del mismo”, los desplazamientos de sentido que realizan Bernardo Alberte o Raimundo Ongaro funcionaron como el recurso de aquel médico que golpea la rodilla (el cristianismo, la juventud) del paciente, para provocar un reflejo condicionado en la pierna (la clase obrera, el peronismo). El denominador común que permite la asociación entre cristianismo, peronismo, jóvenes y trabajadores es en última instancia su carácter intrínsecamente revolucionario, su potente anhelo de Liberación. La unificación de las demandas en un sistema más estable de significación, a pesar de todo, llegó con el retorno de Perón como aglutinante entre 1970 y 1973, en el momento de mayor condensación de las luchas sociales. No es casual entonces que esta nueva coyuntura coincida con el momento de una articulación política institucional, con el GAN y La Hora del Pueblo como principales carriles. El sensible deslizamiento retórico del discurso de Perón que lleva del “socialismo nacional” a la “reconstrucción nacional”, apuntaba a absorber el antagonismo como una diferencia más del sistema, suspendiendo el vértigo de la política para pasar a la “administración de las cosas”, como dijo Engels parafraseando a Saint-Simón. Pero el problema del nombre de Perón como límite de la hegemonía a comienzos de los 70, será el tema del próximo capítulo. Por el momento, el mismo resumía hacia 1969 en una sola frase el destino final de la Tendencia Revolucionaria del Peronismo. Cuando alguien le preguntó que opinaba de la CGTA, el General le soltó:

"Son los mejores que tengo. Lástima que no entiendan nada de política"

Bibliografía:

- **Auerbach, Eric**, *Mimesis. La representación de la realidad en la literatura occidental*, FCE, 1993.
- **Balsa, Javier**, “La parábola populista. Reflexiones a partir de *La razón populista* de Ernesto Laclau”, en *Interpretaciones. Revista de historiografía argentina*, nro. 2 (2007).
- **Bergel, Martín, Canavese, Mariana y Tossounian Cecilia**, “Práctica política e inserción académica en la historiografía del joven Laclau”, en *Políticas de la memoria* nro. 5 (2004-2005).
- **Bonnett, Alberto**, “El concepto de hegemonía a la luz de las hegemonías neoconservadoras”, en *Nuevo Topo. Revista de Historia y pensamiento crítico*, nro. 4 (2007)
- **Borges, Jorge Luis**, *Historia de la eternidad*, EMECE, 1996.
- **Bruschtein, Luis**, “Homenaje a un dirigente de la Resistencia Peronista”, Página 12 (14/11/06).
- **Butler, Judith, Laclau, Ernesto, Zizek, Slavoj**, *Contingencia, hegemonía, universalidad. Diálogos contemporáneos de la izquierda*, FCE, 2003.
- **Campos, Esteban**, “Cristianismo y Revolución. ¿Un proyecto de hegemonía alternativa?”, en *Nuevo Topo. Revista de historia y pensamiento crítico* nro. 5 (2008).
- **Gramsci, Antonio**, Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno. Nueva Visión, 2002.
- **Gillespie, Richard**, *Soldados de Perón. Los Montoneros*, Grijalbo, 1998.
- **Gurruchari, Eduardo**, Un militar entre obreros y guerrilleros. Biografía de Bernardo Alberte. Ed. Colihue, 2001.
- **Laclau, Ernesto**, *Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo, populismo*. Siglo XXI, 1978.
- *Emancipación y diferencia*. Ariel, 1996.
- *Hegemonía y estrategia socialista*. FCE, 2004.
- *Misticismo, retórica y política*. FCE, 2002.

- *La razón populista*. FCE, 2005.
- “Articulation and the limits of the metaphor”, mimeo, CEDIS.
- “Democracia, pueblo y representación”, ponencia presentada en el Coloquio Internacional organizado por el Goethe Institut y el Instituto Gino Germani (10/07/03).
- **Mackinnon, Moira y Petrone, Mario Alberto (compiladores)**, *Populismo y neopopulismo en América Latina. El problema de la Cenicienta*, EUDEBA, 1999.
- **Mazzeo, Miguel, Acha Omar y otros**, *Reflexiones sobre el poder popular*. Editorial El Colectivo, 2007.
- **Morello, Gustavo**, *Cristianismo y Revolución. Los orígenes intelectuales de la guerrilla argentina*. UCC, 2003.
- **Raimundo, Marcelo**, “Acerca de los orígenes del peronismo revolucionario”, en http://www.fcp.uncu.edu.ar/skins/www_fcp/download/Origenes_del_peronismo_revolucionario.pdf
- **Williams, Raymond**, *Marxismo y literatura*, Ed. Península, 1997.
- **Zizek, Slavoj**, *El sublime objeto de la ideología*. Siglo XXI, 2003

Fuentes:

- *Cristianismo y Revolución*, nros. 6-7, 12, 13. CEDINCI, 2003.
- Entrevista a María Elba Foix (realizada por el autor). Programa de Historia Oral, Instituto de Antropología. FFyL (UBA).
- **Rot, Gabriel, Bufano, Sergio**, “Entrevista a Jorge Pérez” en revista *Lucha Armada en la Argentina* nro. 4 (2006).